

El miedo

*Els anys de la postguerra foren uns anys amargs,
.....
La postguerra era sorda, era amarga i feroç.
No demanava còleres, demanava cauteles,
.....
Res, ja, tenia objecte. La guerra, la postguerra...
¿I qui sap, al remat? Sols ens calia viure. (*)*

*Vicent Andrés Estellés
'Llibre de les Meravelles' –'Per exemple'*

Probablemente nadie ha cantado de una manera más cruda, sincera y dolida la posguerra española como el poeta valenciano Vicent Andrés Estellés, el Ausiàs March del siglo XX. Cantó y contó el hambre, los camiones que buscaban a la gente para fusilarlos en las cunetas, la ferocidad de un régimen. Cantó el amor desgarrado que, según él, era lo único que redimía de la vileza imperante. Cantó la cautela, necesaria para sobrevivir. Cantó, en fin, el miedo.

El miedo, ese sentimiento brutal, irracional a veces, muy racional otras, que te impide ser libre, que te atenaza en muchos momentos de la vida. Y con el que hay que acostumbrarse a vivir. Todos convivimos con el miedo y la vida nos enseña a superarlo, a adormecerlo, a sobrellevarlo, a seguir adelante e incluso a ser valientes. Porque valiente no es el que no tiene miedo, es el que vive a pesar de su miedo.

Yo, lo reconozco, he vivido el miedo en muchos momentos de mi vida: el miedo a ser detenido en mi época de militante, el miedo a no salir vivo de la DGS cuando al fin me detuvieron, el miedo a que se abriera la puerta en aquella celda de castigo posterior a una huelga de hambre en la cárcel de Carabanchel, el miedo a la vuelta del exilio. El miedo a los militares cuando tuve que hacer la mili y no hacía más que oírles hablar de golpe de estado.

Los miedos que te asaltan ante determinados hechos: al cáncer de mi primo (más hermano que primo) hace unos pocos años, que se transmutó en un dolor terrible, nunca superado, cuando definitivamente murió. El miedo a las enfermedades y/o operaciones de la familia y los amigos. ¡Tantos miedos!

Y los miedos de cada día, casi rutinarios: a no aprobar las oposiciones, al nacimiento de mis hijos por si algo sale mal, a los problemas en el trabajo, a que Amaia me deje de querer, al coronavirus, a los insensatos que se saltan los confinamientos.

Pero quizás el miedo primigenio, el que probablemente me ha marcado de por vida es el que sentía en mi casa, cuando vivía con mis padres, con 5, 7, 10, 12 años, aquel miedo heredado fundamentalmente de mi padre por pura osmosis, sin una conciencia clara de qué era lo que lo provocaba. Un monstruo amorfo nos vigilaba y nos podía castigar; no sabía qué forma tenía ni el

monstruo ni el castigo pero es algo que me ha quedado siempre, el miedo más irracional, más desconocido y, por tanto el más difícil de gestionar.

Yo nací en la primera mitad del siglo pasado, justo cuando ya se acababa, en 1950, al final de la década de los años cuarenta que alguien ha llamado 'los años del hambre'. No pasé hambre, por suerte, pero ¿se ha hablado también de 'los años del miedo'?, porque se extendieron mucho más que los del hambre y desde luego puedo dar fe de que llegaron a los 50, los 60 y, para mucha gente, a los 70.

Mi padre tenía ya 35 años cuando yo nací, mi madre 30. Eran mayores para la época, pero era normal tras lo que habían vivido. Mi madre había pasado la guerra trabajando desde los 10 o 12 años en un taller de un sastre. Mi padre había estado dos años en la mili y tres en la guerra conduciendo ambulancias bajo las bombas en el frente de Asturias. Luego, cuando los fascistas ganaron, estuvo otros tres años en campos de concentración, primero en Cedeira (Galicia) y luego en Zorrotza (al lado de Bilbao), un recorrido que, unido a su militancia sindical previa a la guerra y a la represión posterior (su hermano perdió su trabajo en un periódico republicano, su primo Juan murió en Mauthausen) le marcó para siempre.

Volvió a Castellón ya con más de 30 años, lo aceptaron en su trabajo anterior y encontró novia. Para que el recorrido no parezca tan triste, tengo que decir que la crónica familiar (es decir, mi tía Rosa) cuenta que en Asturias tuvo una novia, llamada Marina, de la que estuvo muy enamorado. Ella no esperó tantos años de guerra y cárcel y cuando volvió a buscarla ya no hubo nada que hacer...

Ya en casa no le fue mal, era un hombre modesto, igual que mi madre, no necesitaban mucho: el salario semanal de él, que le entregaban todos los sábados en un sobre; la aportación económica de ella, cosiendo todo el día en aquella vieja máquina 'Alfa'; el cine Rialto todos los domingos; y un único hijo, yo, que tenía que estudiar y ser más que ellos, eso era innegociable. Pero siempre vivió con miedo. No puedo explicar sus sentimientos, obviamente, pero sí recuerdo muchos detalles de mi vida de niño que entonces me transmitían ese miedo pero no lo explicaban. No lo entendí hasta muchos años después.

Vivíamos en una planta baja pequeña; de la calle se entraba directamente al 'comedor' (eso de la 'sala' era para los ricos): una mesa grande y pesada en el centro, alrededor de la cual recuerdo que mi madre me perseguía zapatilla en mano, más por juego que por castigo ante mis fechorías; una mesa camilla en donde se comía, se cenaba y se hacía la vida familiar y una vieja radio en una estantería junto a la mesa camilla. Recuerdo que todas las noches se escuchaba Radio España Independiente ('la pirenaica', la emisora del PCE que transmitía desde Bucarest), se pasaba miedo, pero se escuchaba, como un acto militante. Cuando se podía, porque las antenas del régimen dedicadas a emitir interferencias conseguían a veces su objetivo y era imposible oírlo.

Contaré como un pequeño inciso que luego, muchos años después, yo mismo conocí una de esas antenas. Tras pasar por la cárcel y el exilio tuve que ir a Canarias a hacer la mili y allí, en el regimiento de ingenieros de Las Palmas pasé más de una noche haciendo guardia alrededor de una de ellas, que en este caso tenía como objetivo interferir las emisiones que desde Argel hacía el movimiento independentista canario (MPAIAC). Curiosamente allí estaba yo, en el otro lado de la barricada, 'defendiendo' a los canarios de la intromisión del separatismo y alguna vez pasé

miedo también: ¿qué iba a hacer si un comando del MPAIAC nos atacaba?, ¿dispararles? No ocurrió, afortunadamente.

Volviendo a la radio y a la mesa camilla, escuchábamos, religiosamente y a las 11 en punto de la noche, la emisión de Radio París en español, generalmente más objetiva que la 'pirenaica'. Allí se oían, además, las proclamas del general De Gaulle, presidente de la República francesa (lo de 'república' nos emocionaba mucho), con aquella voz de bajo que atronaba dirigiéndose a los 'franceses y francesas' para proclamar la quinta república allá por 1958. Yo tenía ocho años pero me acuerdo como si fuera hoy.

Y recuerdo la imagen: los tres acercábamos la cabeza a la radio con el volumen más bajo posible y mi padre, de vez en cuando, se levantaba, iba hasta la puerta de la calle y ponía el oído para asegurarse de que nadie (chivato, policía) estuviera espiándonos. Y así día tras día. Esa es la imagen más nítida que tengo de lo que es el miedo, de lo que es vivir con miedo. Esa imagen es, para mí, el paradigma del miedo.

Los fines de semana eran magníficos. Los domingos íbamos con algunas parejas amigas de mis padres y con sus hijos a pasar el día a una casa junto al mar (una '*alquería*'). Mi querido amigo Manolo, con el que sigo conservando una gran amistad, y yo nos dedicábamos a cazar libélulas ('*pisabi'* en el catalán que se habla en Castellón) por indicación de uno de los contertulios que era ayudante de farmacia y nos había dicho que se usaban para hacer medicinas y que las podríamos vender. Creo que no le perdoné nunca aquel engaño.

Con eso nos quitaban de en medio y, en la soledad del lugar, se dedicaban a hablar y a 'arreglar el mundo', un mundo que se les había negado porque eran los perdedores y lo iban a seguir siendo. Allí, bien arropados y aislados, el miedo se llevaba mejor, pero existía y era colectivo. Sabían que aquellas conversaciones solo eran posibles con amigos de total confianza.

Amigos que entre semana se juntaban en el Bar Castellón para tomar un café y, en voz baja, seguir charlando.

Para no dar una idea demasiado sesgada, diré que todos ellos, todos nosotros, habíamos aprendido a vivir y a convivir; con gente de derechas que te encontrabas en la vida y con los que mejor era mantener las distancias y con gente de derechas o simplemente apolíticos con los que era posible una buena amistad porque era buena gente y porque aprendimos que lo importante era la calidad humana.

Como ejemplo de esto último citaré a la familia. Éramos una familia muy unida, especialmente con mis tíos y mis primos-hermanos, más hermanos que primos. Navidades, veranos, fiestas, los pasábamos juntos. Mi tío Miguel trabajaba en el Sindicato Vertical franquista, era un hombre con una humanidad enorme. Mi padre y él se llevaban realmente muy bien, se querían mucho. Y yo también quería mucho a mi tío. Y él a mí, creo que era su sobrino favorito. Nunca olvidaré que cuando fui detenido, a pesar de lo mucho que se jugaba en su ambiente y trabajo, no dudó en venir a verme e intentar mover lo que pudo para ayudarme. Era imposible, claro, pero sé que lo intentó y mucho.

Y como ejemplo de distancias: A aquellas cenas de nochebuena solía venir desde Valencia un familiar de mi tío Miguel. Joyero, nuevo rico, muy facha; era llevadero porque era corto.

Recuerdo que en una de aquellas cenas yo le quité la silla cuando iba a sentarse y se dio un buen trompazo. Fue mi primer acto de rebeldía, yo tendría como 12 años.

Ya he dicho que ser valiente no es no tener miedo, sino vivir con él y buscar las formas para mitigarlo o para resguardarse lo más posible. Yo creo que aquellos amigos, los que habían perdido la guerra, eran valientes, conservaron su dignidad a pesar de todo. Y nosotros, los niños, también porque conseguimos ser felices a pesar de todo, teniendo siempre muy claro qué se podía contar y qué no y dónde sí y dónde no. Era la forma de cuidarnos.

Y sí, fui un niño feliz. En el Parque de Ribalta, a cien metros de mi casa, donde mi abuela primero y mi tía después trabajaban, y donde yo era el juguete de los jardineros. No aprendí nada de jardinería, como se sabe, pero era libre entre aquellos árboles, ‘ayudándoles’ a regar y llenándome de barro. Eso de día, porque de noche el deporte preferido de mi cuadrilla era ir a espiar a las parejas que se escondían entre aquellos matorrales.

Y fui feliz en el Instituto, también Ribalta, en donde pasé diez años de mi vida sintiéndome como un niño del ‘otro lado’ comparado con aquellos niños hijos de las clases altas de la ciudad y como uno más entre mis buenos amigos, algunos de los cuales aún conservo.

Y en los veranos en Lucena, con mis padres o mis tíos, en donde empecé a salir con chicas –en cuadrilla- y no conseguí vencer mi timidez.

En otros relatos ya he contado que en mi vida de adulto he pasado miedo muchas veces, pero aquel miedo tan íntimo e interiorizado de mi infancia me ayudó a sobrellevar, que no a superar, los que vinieron después.

¿Y por qué, entonces, la militancia? ¿No era mejor conformarse, como se conformaron nuestros padres, y aprender a sobrevivir? Como se conformó tanta gente, no nos equivoquemos. No sé responder a eso y me lo he preguntado muchas veces. No me vale la épica a la que se aferran todavía hoy parte de mis viejos camaradas. No me vale tampoco el ‘aquello no sirvió para nada’ al que se aferran otros.

Creo que jamás sabré explicar bien eso: la militancia a pesar del miedo. ¿O gracias al mucho miedo ya acumulado?

P. Orenga

(*)

Los años de la posguerra fueron unos años amargos,

.....

La posguerra era sorda, era amarga y feroz.

No pedía cóleras, pedía cautelas,

.....

Nada, ya, tenía objeto. La guerra, la posguerra...

¿Y quién sabe, al final? Sólo nos hacía falta vivir.